



Capítulo 236

Había pasado aproximadamente una semana desde entonces, y el grupo de Alon había atacado con éxito tres templos y rescatado a todas las personas que quedaban.

«Ahora nos dirigimos hacia el este, ¿verdad?».

«Sí. Si podemos aumentar nuestro número mientras nos desplazamos, sería lo mejor».

Rangban añadió que ya tenían suficiente gente para afrontar un desafío si querían.

Aunque tenía una expresión de alivio en el rostro, también mostraba un ligero indicio de sospecha.

«Las cosas definitivamente van bien, pero hay algo que no me cuadra».

«¿Se trata de los sacerdotes?».

«Sí».

Alon asintió con la cabeza.

Últimamente, había estado pensando lo mismo que Rangban.

«... Es extraño que no haya ninguna respuesta».



Alon había atacado ocho templos en las últimas tres semanas y rescatado a muchas personas durante ese proceso.

Pero teniendo en cuenta lo agresivas que eran sus acciones, era extraño que hasta ahora no hubiera encontrado ninguna resistencia significativa.

«¿Deberíamos considerar la posibilidad de que estén buscando otra cosa?».

Al igual que Penia, que había estado reflexionando en silencio y luego había tomado la palabra, Rangban negó con la cabeza mientras observaba a Rine frotarse la barbillla en silencio.

«No estoy seguro. Hay docenas de sacerdotes y el territorio que controlan es vasto, por lo que es posible que la respuesta se retrase, pero este nivel de inacción es extraño. Más que nada...».

Rangban recordó un templo anterior que habían asaltado y continuó.

«Está claro que saben que hemos atacado otros lugares, pero no han enviado refuerzos. Eso es sospechoso».

Mientras Rangban se quedaba pensativo, Alon preguntó:

«¿Te preocupa algo?».

«Quizá sea demasiado optimista, pero tal vez sea por el frente».

«¿El frente?»



«Según un soldado que fue arrastrado al templo hace dos meses, las batallas en el frente han sido tan intensas que no ha habido tiempo para descansar».

«¿Entonces no pueden enviar tropas aquí?».

«Sí. Una vez más, puede que sea una perspectiva demasiado optimista, pero no es una explicación imposible».

Aunque Rangban añadió que la situación en el frente tampoco parecía favorable, la conversación pronto pasó a otros temas.

«... Bueno, sea como sea, nuestro plan no ha cambiado. Sigamos adelante con él».

«Entendido».

Con la declaración de Alon, la reunión llegó a su fin.

«Yo también me voy».

Después de que Rangban se marchara, Rine fue la primera en levantarse.

Parecía estar contemplando algo profundamente y pronto se escabulló en silencio.

Al verla marcharse, Alon suspiró suavemente y se volvió hacia su interior, examinando el poder divino que había en él.



Contrariamente a sus preocupaciones iniciales cuando comenzaron a atacar a los sacerdotes en serio, su poder divino se estaba recuperando de manera constante, como de costumbre.

Esto desconcertó a Alon.

Se trataba de la recuperación de su poder divino.

Al principio, Alon no lo había cuestionado porque no se había dado cuenta de que ese lugar estaba en el pasado.

Pero ahora que sabía la verdad...

Aunque tenía sentido que el poder divino que había recibido pudiera acumularse, el hecho de que se estuviera recuperando era innegablemente extraño.

¿Qué podría ser?

Los pensamientos de Alon se vieron interrumpidos.

—Marqués, por cierto, ¿ha estado experimentando con eso que mencionó antes?

preguntó Peña.

Alon asintió con la cabeza.



«... Lo he intentado. Pero el consumo de poder divino es demasiado alto, así que aún no he podido utilizarlo correctamente».

Lo que Alon y Penia estaban discutiendo era sobre la transmutación.

O, más precisamente, se trataba de la magia que habían estado investigando originalmente.

La transmutación —el Dios Cerebral— no era más que un subproducto de esa investigación, y el proyecto principal aún se encontraba en fase experimental.

«Parece que el problema es la optimización. ¿Qué tal si probamos esto? Me he dado cuenta de algo recientemente mientras te veía usarlo».

Se quedaron un rato más en la sala de reuniones, hablando sobre la magia.

«Me encantaría hacer algunos experimentos, pero por ahora necesito conservar mis fuerzas tanto como sea posible. Dejémoslo así».

«De acuerdo. Yo también me voy».

Al terminar la conversación, la mirada de Alon se posó en el libro que Penia tenía en las manos.

«¿Un libro?».

«Sí, lo encontré en una casa abandonada durante nuestros viajes. Resulta que es un tomo mágico. Está escrito en una lengua antigua, por lo que es difícil de leer, pero el contenido es fascinante».

Aparentemente ansiosa por seguir leyendo, Penia dijo rápidamente: «Bueno, me voy ya...!» y salió corriendo como una ardilla.

Alon la vio desaparecer y luego comenzó a caminar.

«Ryanga».

«Oh, jefe».

Pronto encontró a Ryanga sentado distraídamente en un rincón tranquilo de la cueva, sumido en sus pensamientos.

Su expresión, antes inexpresiva, se iluminó ligeramente con una suave sonrisa cuando vio a Alon.

«¿Estabas pensando en Dalma?».

«... ¿Era tan obvio?».

«Sí».

Ya no buscaba las palabras como antes y ahora podía responder con más fluidez.

Tras una risa incómoda, Ryanga negó rápidamente con la cabeza.



«Pero estoy segura de que todos están bien. Nuestra raza no muere tan fácilmente».

Al verla esforzarse tanto por parecer alegre, Alon suspiró en silencio.

Su estado de ánimo se había ensombrecido notablemente desde hacía una semana, y era culpa de Alon.

Más concretamente, era por la información que él le había transmitido, obtenida de los prisioneros que rescataron del último templo.

La noticia de que Dalma, su pueblo, había sido invadido repetidamente por Baarma a medida que las líneas de batalla cambiaban constantemente.

«Ejem, como te dije antes, tenemos escondites como este. Apuesto a que todos se esconden allí. O tal vez hayan escapado».

Alon recordó el momento en que le había hablado por primera vez de Dalma.

Incluso entonces, en lugar de desesperarse, Ryanga había asintido con firmeza, con una expresión llena de fe inquebrantable.

No parecía una niña en absoluto.

... Pero tal vez era precisamente porque era una niña por lo que podía creer con tanta pureza.

Alon miró sus manos ligeramente temblorosas.



Se le ocurrieron muchas palabras reconfortantes, pero decidió no decirlas.

Rine, Penia y Alon sabían lo mismo.

Que en este mundo gris nacen cada día innumerables tragedias y la desesperación se extiende sin control.

Por eso, él entendía que las palabras vacías de consuelo, pronunciadas por instinto, solo podían profundizar las heridas de una niña como ella.

«Ven a hablar conmigo cuando lo necesites».

Alon acarició suavemente la cabeza de Ryanga y se limitó a decir esas palabras.

«¡De acuerdo, jefe!».

Aunque no toda su tristeza había desaparecido, su expresión se iluminó ligeramente mientras asentía con la cabeza.

Alon sintió curiosidad.

«Hay algo que quería preguntarte».

«¿Eh? ¿Qué es?».

«¿Por qué me llamas jefe?»



Se refería al título que ella había empezado a utilizar de repente para dirigirse a él no hacía mucho.

«Bueno, tú nos estás guiando, ¿no?».

«Es cierto, pero aun así...».

«¡Entonces tú eres el jefe!».

«... ¿Entonces solo es una sensación?»

«¿No es eso lo que es? Si alguien nos está dirigiendo a todos, ¡ese alguien es el jefe!».

Era una lógica extraña, pero tenía cierto sentido.

Mientras Alon se detenía a pensar...

«Ejem...»

Alguien carraspeó ruidosamente, claramente para llamar la atención.

«Ah, ahí estás».

Cuando Alon se dio la vuelta, vio a una joven que se acercaba como si no hubiera intentado llamar su atención hacia unos instantes.

Cabello rubio con dos pequeños cuernos asomando.



Una cola envuelta alrededor de su cintura y ojos rosados con un brillo reptiliano.

«Oh, noble, he venido a entregarte personalmente tu cena».

Ella le ofreció con orgullo un camote.

La cena había terminado hacía ya un rato.

Alon extendió la mano, desconcertado, para aceptar el camote.

«Toma, jefe...».

«¡Oiga!».

Ryanga se lo arrebató de repente y lo colocó ella misma en la mano de Alon.

«¡Tú, mocoso! ¡¿Qué crees que estás haciendo?!».

«¿Qué? ¡Se lo he entregado!».

«¡Iba a dárselo!».

Mientras la chica daba patadas al suelo frustrada, Alon finalmente abrió la boca.



«Gracias, Arquil... cquil...».

«¡Arqulainisis!».

«Exacto, Ar».

«!!!»

La chica, que había gritado: «¡Es Arqulainisis...!», soltó un gruñido y luego se dio la vuelta.

«Vaya, ya está enfadada otra vez. Es tan rencorosa».

«¡No es verdad!».

«Estás totalmente enfadado».

«¡Ya te dije que no!».

Al ver a Ar... no, a Arqulainisis, gritarle a Ryanga en respuesta a sus burlas, Alon sonrió levemente para sí mismo.

«Parece que por fin se ha recuperado».

Ar era una joven dragona que Alon había rescatado tras salvar a Nangwon.

Por lo que había oído, era una semidragona que llevaba la sangre de un dragón negro.



«El problema es que... todavía es demasiado joven para ser de mucha ayuda».

Cuando la rescató por primera vez, Alon había albergado brevemente cierta esperanza.

En ese momento, ella estaba envuelta en cadenas como si fuera un ser peligroso, por lo que él creyó que se convertiría en un gran activo.

Pero, contrariamente a lo esperado, solo tenía ocho años, muy joven incluso para ser una semidragona, por lo que no era de mucha ayuda en combate.

De hecho, durante toda la semana siguiente a su rescate, no dejó de llorar, enroscando su cola alrededor de la cintura de Alon todo el día, lo cual resultó un poco molesto.

«Aun así, me alegra de que ahora haya recuperado su energía».

Alon recordó cómo se había recuperado poco a poco con consuelo y ánimo constantes.

Él le había dicho tantas cosas solo para consolarla cuando lloraba de tristeza.

«¡Te vengaré! ¡No subestimes la ira de un dragón negro!».

«¡Adelante, inténtalo!».

Mientras Alon observaba a Ar gritar apasionadamente de nuevo, se preguntó:



«¿Apareció alguna vez un dragón negro llamado Ar en la historia original?».

Los dragones, por naturaleza, viven muchísimo tiempo.

Eso es cierto incluso para un semidragón como Ar.

Así que, teniendo en cuenta su esperanza de vida, no sería extraño que apareciera en Psychedelia, pero Alon no recordaba haber oído nunca su nombre.

«¿Estaba previsto que muriera desde el principio?».

Si es así, eso explicaría por qué nunca apareció en la historia.

Pero la idea seguía dando vueltas en mi cabeza.

«Si no hubiera salvado a Ryanga ni a Nangwon, ¿cómo habrían escapado?».

Quizá Nangwon no, pero Ryanga había corrido un peligro real.

Alon recordó el momento en que la había salvado.

Al menos desde su perspectiva, si no hubiera intervenido en ese momento, Ryanga seguramente habría muerto.

Después de pensarla brevemente, Alon dejó pasar el pensamiento.

Al fin y al cabo, eso no era lo que importaba en ese momento.



«... Espero que todo salga según lo previsto».

Murmuró en voz baja para sí mismo, recordando su conversación con Rangban.

####

Al día siguiente.

Alon partió hacia la región oriental, llevando consigo a todos los que había rescatado hasta entonces.

Por el camino, tal y como había planeado, atacó otros dos templos y liberó a más prisioneros.

La situación fue incluso mejor de lo esperado.

A parte de las dos incursiones que sufrieron por el camino, no se habían encontrado con ninguna batalla.

En el último templo, rescataron a un gran número de soldados de la Unión.

A diferencia de los sombríos cielos grises que se habían cernido durante docenas de días...

el grupo de Alon creció de manera constante y siguió avanzando.



Si las cosas seguían así, tal vez podrían atravesar las líneas enemigas sin problemas.

Todo iba demasiado bien.

Tan bien, de hecho, que empezaba a parecer sospechoso.

«Hrrmph... Bienvenido».

Y, como siempre, el instinto de Alon no falló.

«¡Ataque enemigo!».

«¡Formad filas! ¡Al frente!»

Alon frunció ligeramente el ceño y miró a su alrededor.

En ese momento se encontraban en el extremo sureste de la zona fronteriza, donde aún se libraban feroces batallas.

A diferencia de las praderas abiertas, esta zona era un cañón.

Normalmente, los cultistas de Baarma deberían haber estado apostados más allá del final del cañón.

«... Tenía un mal presentimiento».

Penia suspiró a su lado y Rine permaneció en silencio.



«Maldita sea... Hay dos apóstoles...».

Al oír a Rangban murmurar con el ceño fruncido, Alon volvió la mirada hacia delante.

Allí, el cañón estaba lleno de cultistas.

No solo en el suelo.

Se desbordaban desde lo alto de los acantilados y salían arrastrándose de los túneles excavados en las paredes del cañón.

!!

Extraños monstruos con extremidades anormalmente largas trepaban por los acantilados, babeando mientras emitían inquietantes chillidos.

«Los cultistas...».

«¡Incluso los parásitos...!»

Alon oyó a la gente susurrar consternada a su alrededor.

Las voces llenas de desesperación y dolor comenzaron a propagarse como la pólvora.

Pero la principal razón por la que Alon intuía que las cosas iban muy mal...

«Rine».

«Lo siento, padrino».

Era por los grotescos zarcillos rojos que habían aparecido, bloqueando los ataques de Rine.

Parecían vasos sanguíneos, similares a los zarcillos arbóreos a los que se habían enfrentado antes contra Greed.

Tan pronto como emergieron, la corona dorada de Rine se disparó hacia adelante, solo para ser detenida por completo.

Y la razón no era otra que el hombre que estaba delante: un apóstol.

«Vaya, vaya... He esperado tanto tiempo este momento. Vas a merecer la pena la espera».

Mientras Alon lo miraba con ira, el hombre que hacía unos instantes sonreía con aire de suficiencia dio un paso adelante.

De su cabeza le brotaban unos extraños cuernos negros y vestía una túnica negra de cultista.

Había algo extrañamente familiar en ese hombre mientras se inclinaba con elegancia.



«En primer lugar, permítame darle las gracias. Soy Rumurfa, el segundo apóstol de Baarma».

De la boca del hombre salió una palabra que Alon no esperaba.

«¿Agradecernos?».

Rumurfa giró la cabeza con una sonrisa espeluznante.

«Porque has seguido nuestras indicaciones hasta aquí».

«¿...Indicaciones?»

«Sí. ¿De verdad crees que has llegado hasta aquí solo por tu habilidad o tu brillantez?»

Los labios de Rumurfa se curvaron en una amplia sonrisa y su voz se hizo más fuerte.

«¡Como si fuera posible! La razón por la que pudisteis asaltar los templos sin encontrar resistencia...».

«La razón por la que rescataste a los sacrificados tan fácilmente...».

«Y la razón por la que se dejaron martirizar en silencio incluso cuando los atacaste fue toda...».

Levantando los brazos en alto, como si gobernara el mundo entero...



Volvió a esbozar una lenta sonrisa.

«Yo. Fui yo. Yo lo ordené, todo para reunirlos aquí».

«... ¿Incluso si eso significaba sacrificar a tanta gente inocente?».

«Los sacrificios de los seguidores de nuestro gran Baarma son trágicos, pero necesarios. Después de todo, necesitamos su fe y sus almas para cumplir Su voluntad».

Alon se quedó en silencio.

Estaba empezando a comprender lo que Rumurfa quería decir.

Definitivamente había oído algo así de Kalannon antes.

Que la fe se podía reunir de esta manera.

«Al final, la esencia de la fe es la emoción. Cuanto más fuerte es la emoción, más poderosa es la fe que se ofrece. En ese sentido, la matanza masiva es una de las formas más fáciles de obtenerla. Solo hay que pisotear a la gente, de forma brutal, horrible y desesperada».

«... ¿Y si quieres aún más fe? Solo tienes que darles un poco de esperanza».

«La esperanza es como el fuego. Si la controlas, calienta, pero si no, lo quema todo hasta convertirlo en cenizas».



Al recordar la voz de Kalannon, Alon no tuvo más remedio que admitir...

Habían caído directamente en una trampa.

####

La situación era grave.

Los cultistas habían aparecido.

El discurso de Rumurfa.

Todo lo que había sucedido tan repentinamente había sumido a todos en la desesperación y el dolor.

Nadie se libraba de ese ambiente tan pesado.

Los ataques de Rine fueron bloqueados por los tentáculos rojos.

Penia, que estaba preparando un hechizo defensivo de área amplia, se había dado cuenta de su desventaja y su rostro se retorció por la tensión.

Ya estaban completamente en su lugar como ofrendas sacrificiales.

Y, sin embargo, a pesar de todo eso, Alón no se echó atrás.

En cambio...

«Penia».

«... Sí, marqués».

Estaba preparando una jugada.

Un movimiento que había estado preparando desde que llegó a este lugar.